



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

LUIS GABALDÓN
Casi por error.

ADOLFO J. FOPHAM
Pruebas.

JACINTO CARMIN
Viejo, bueno; sátiro, no.

JERÓNIMO GÓMEZ
¡Punto en bocal

FÉLIX RECIO
La insaciable.

TOVAR Y DEMETRIO.
Varios dibujos y retrato
de Bianca Stella.



BIANCA STELLA

Danzarina que hace sudar—¡con este frío
y todo!—en el Teatro Madrileño.

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Nos hemos pasado una semanita de lo más feliz que puede soñarse. Maura ya ha vuelto á su santa casa solariega, y nosotros tan contentos como si nos hubiesen hecho cosquillas detrás de las orejas.

Por estar todo en normalidad, hasta Romanones se ha puesto bueno de su catarro

sagastino, y Amalio Jimeno ha regresado de Cádiz, donde ha ido á enterarse de lo que es un timón y para lo que sirve una verga; ya es, sino un lobo de mar, un congrio de tierra, aplicable á la marina.

Y por si, para ser completamente dichosos nos faltaba algo, ya hemos hecho académico de la lengua al marqués de Cerralbo.

El ilustre prócer estará muy en carácter por su edad y su respetabilidad, viniendo á aumentar el número de los poseedores de los secretos de la lengua que dictan las reglas para su uso con toda limpieza, firmeza y esplendor.

Por supuesto, que si el respetable carca va á la Academia á hacer el uso de su sillón que hace Pidal, no menos carca quél, (aunque de los resellados), preferibe será para las letras patrias que no llegue á ocuparlo. Porque ¡cuidado que escribe mal la venerable momia! Como se pasa la vida cobrando nóminas no tiene el buen señor tiempo bastante para aprenderse el Epítome de la docta corporación de su sabia presidencia.

Es la momia que goza más momios.

Y á propósito de antigüedades.

¡Menuda polvareda han producido algunos colegas porque en el Trianon Palace han protestado á una dama misteriosa que se presentaba en el escenario como aquella doncella que sorprendida por un sátiro cuando se estaba desnudando cubrió su rostro con la camisa y dejó en libertad el resto de sus virginales carnes.

El público, al encontrarse con un semi desnudo de cuello para abajo, y una gasá tupida de garganta para arriba, entró en sospechas de si se trataría de un padre de familia con buenas formas y ocho ó diez chicos en casa, que se buscaba la vida por este procedimiento. Hubo hasta quien imaginó que se trataba del asesino de la Vicenta Verdier, que se presentaba de tal guisa para despistar á los elegantes subalternos de Méndez Alanís.



—Tienes que llevarme á ver á Tórtoia Valencia; he leído que baila unas danzas...

—No, que luego sueñas por la noche, y ya sabes que no estoy para danzas.



—¿Es usted el doctor Ampollez, que visitó al señor Agudo que en paz descansa y á su señora que R.I. P.? Pues yo quisiera que visitara á mi suegra, que esia un poquito delicada.

Bueno; pues resulta que era hembra auténtica, si bien se trataba de una dama que brilló en nuestra sociedad hace veinte años, según propia declaración de los que nos despejaron la incógnita.

Sin que yo aplauda, ni siquiera disculpe la falta de galantería de los que tan duramente trataron á la danzarina rechazada, me permito opinar que cuando brilló hace veinte años, y estaba ya casada, es lógico suponer que tiene ahora más de los cuarenta, y, francamente, no es esa una edad muy á propósito para andarse con danzas desnudas.

Porque admitido el precedente ya podemos prepararnos á ver desfilar por nuestros salones y teatros á toda la arqueología femenina, desde Eva, la auténtica, hasta la suegra de Mahoma.

Bien está que veamos hacer flexiones y reforceduras á Tórtola Valencia, aunque tampoco está en la pubertad, ni mucho me-

nos, pero, ¡canario! dejemos á la Cibeles que siga sentada en su carrito.

Además, la vista del espectador debe de recrearse en la contemplación de la cara. Lo del velo, más vale *no velo*, porque, ¿quién me dice á mí que eso no es una martingala para tapar alguna deformidad física que anule la ilusión contemplativa, en cuyo caso la visión pasa á ser una verdadera *visión*? Yo no concibo la existencia, por ejemplo, de una huri con un quiste en las narices. ¡Quisté que le digal!

Por eso, para evitar futuras kamelancias y que nos coloquen un guardia civil en paños menores, haciéndonoslo pasar por una naya recién salida del agua, será conveniente que en lo sucesivo se dejen las empresas de anunciarnos misteriosas artistas con antifaces, gasas y tules en el rostro.

Que nos las muestren al natural, como los *bisteks* de solomillo. Porque después de todo, de lo que se trata es de mostrar el solomillo.

Un pequeño reporter.



—A juzgar por la *carrosserie*, ¡vaya un *chocó* que debe tener esta señora!

CASI POR ERROR...

ENRRIQUE era un poco discolo, pero por lo demás buen muchacho, incapaz de hacer el mal por el solo placer de satisfacer su instinto. Estudiante, en una ciudad de provincia, sus balcones daban frente al palacio de una condesa, un palacio aristocráticamente severo, con unas escaleras muy anchas y pulidísimas. De la casa silenciosa como un convento no transcendía á la calle un rumor.

Una mañana, al salir Enrique, vió que en el portalón del palacio aparecía una linda doncella, mórbida y rotunda.

La piropeó á boca de jarro, á ella pareció no disgustarle la cosa y el encuentro se repitió ya varias veces. En fin, que Alicia y Enrique se amaron como pueden amarse una doncella de diez y ocho años y un estudiante de veinte.

Pero el platonismo no era el fuerte de Enrique, y la rubia Alicia cedió al prolongado cerco. Podían verse en el mismo palacio. La duquesa salía todos los martes y no volvía hasta anochecer. Encantados.

El martes de la semana siguiente todo es á la dispuesta; por la entornada puerte-

cilla entró el galán, siguiendo después por un largo corredor, tan tranquilamente como si entrase en su casa.

Atravesó un riquísimo saloncito; aguzó el oído. Silencio. Aventuróse á seguir pasando por otras dos habitaciones igualmente desiertas, y... nada. Misterio.

—¿Estará la casa vacía?—pensó—. Pero ¡cá! Alicia, ¿cómo iba á engañarme? Seguramente ella, un poco pusilánime, no se ha atrevido á salir de su cuarto, y en el me espera.

Ya seguro, poseído de que así sería, siguió adelante, y no se detuvo hasta dar con una puerta que estaba cerrada... ¿Qué hacer? Escuchó de nuevo... Ni el más pequeño rumor.

—Enrique, no dudes, pon la mano sobre el pestillo y abre.

¡Qué estupenda sorpresa! ¡Qué maravilla contempló el absorto estudiante!

La condesa, en una ligerísima *toilette*, casi venusiana, hacía al espejo confidente de su belleza.

Un grito de espanto la hizo volverse y fú peor. El estudiante acabó de turbarse

ante el nuevo panorama que se le ofrecía.

Enrique cayó de rodillas, suplicante, torpe, confuso, sin acertar á decir palabra que excusase lo sucedido.

Los grandes nadadores son los que suelen ahogarse con más frecuencia.

Tal ocurrió á Enrique, que seguía en el más absoluto mutismo.

—¡Caballero! —dijo la condesa.



El marido—Pero mujer si yo no me enfado por que vengas á las tres de la mañana; es que como padeces ataques nerviosos, temo que te entre alguno en medio de la calle.

Ella—Descuida, hombre, que en medio de la calle no me entra ninguno.



—Sí, sí, mucho ponderar mis ojos negras y nunca va usted á verme.

—Es que la tengo miedo por que ya sabe que los ojos son el espejo del alma.

—Bueno ¿y qué?

—Que debe usted tener el alma muy negra.

altivamente y muy indignada.

—¡Señora!...

—Es una indignidad lo que acabáis de hacer. Introducirse de ese modo...

—Perdóneme, señora, es el amor... el amor que...

—Comprendo... comprendo..., pero una conducta semejante es impropia de un caballero... de un hombre enamorado...

—Es verdad, es verdad; pero el amor no sabe de conveniencias sociales...

—Ha dicho usted una cosa muy cierta...

—¿Yo?

—Sí, y porque me parece que es usted sincero le perdono. Levántese, yo se lo pido.

—¡Condesa! ¿Es posible?... ¿Usted me perdona?...

—Sí, el amor es locura, y usted es un loco en este momento...

—Loco, señora, loco, esta es la palabra.

—Cálmese y siéntese.

—Condesa, usted es un angel. Jamás olvidaré su generosidad.

—¿De modo que usted dice que me ama?

—¡Con toda mi alma!...

—Y sin embargo, no le conozco. Solamente, sí, le he visto muchas veces paseando por esta calle y contemplar desde la frentera casa mis balcones. Eso sí lo recuerdo perfectamente... ¡Loco!

La cita con Alicia era á las tres. A las cuatro y media, la condesa oprimió un timbre. Alicia apareció medrosa ante la idea de que hubiera podido enterarse la señora, pero imaginad su estupor cuando en vez de un huracán de improperios, la condesa la dijo suavemente:

—¡Alicia, acompañe al señor!

Luis Gabaldón.



La camarera—No les puedo poner nada más que ternera con guisantes.

El que no tiene pareja—Pues á mi me ¡cnes los dientes largos.

PRUEBAS

De que son las mujeres
conspiradoras
contra su nombre, tengo
pruebas notorias;
por consiguiente,
á provarlo me atrevo
tranquilamente.

Mercedes en su vida,
me hace favores;
Casta, con gran frecuen-
(cia, me brinda amores;
y en cuanto á *Fe*,
dice que nada cree
si no lo ve.

Amparo no me ampara.
¡Pobre de mí!
¡*La Justa*!... es injusta,
pero ¡hasta allí!
Ni por los cielos,
un remedio tan sólo
me da *Remedios*.

Estoy siempre en tinie-
(blas, á *Luz* no veo...
al tocar los bolsillos

de mi chaleco,
Y para colmo,
Salud me dice siempre:
¡Morirás pronto!!

Caridad me desprecia
pero por contra,
Soledad me acompaña
á todas horas.
Y si es *Socorro*,
socorrerme no quiere
mucho ni poco.

Esperanza me tiene
desesperado:
Virtudes me aconseja
ser un malvado;
y con *Consuelo*,
consolarme solía,
mas ya no puedo.

Rosa está muy marchita;
opaca, *Estrella*.
Olimpia. muy... ¡oh!... su-
(cia, y *Pura*, peca.
Por consiguiente,
renuncio á todas ellas
tranquilamente.

Adolfo J. Fophám.



El marido.—¡Infame! ¿Quién es ese hombre?
La esposa infiel.—No te alarmes, riquito; no es
un asesino ni un ladrón. Es todo un caballero
y puedes estar tranquilo.



—Aquí estará usted bien. Solo somos mi esposo
y yo; no tenemos hijos.

—No, señorita; ¡por mi no se priven ustedes de
tenerlos!

CHISMES Y... CUENTAS

La vida madrileña está llena de misterios. Hace tres días, á cosa de las cinco de la tarde, todos los transeuntes que doblaban la esquina de la calle de Alcalá y Peligros, deteníanse estupefactos ante un zapato de mujer y una media negra yacentes sobre el adoquinado de la calle, junto á la acera.

El zapato era de charol, de forma irreprochable, y su tacón, derecho y poco usado, atestiguaba que su dueña no gustaba mucho de ir á pie. En cuanto á la media, era de seda... En cuanto á los transeuntes, las suposiciones que hacían eran tan amenas como variadas.

Pero nadie pudo saber quién había abandonado tan elegantes prendas.

¿No encuentran ustedes que hay algo de inquietante en este misterioso suceso?

Para que una mujer joven y bonita—seguramente reúne ambas condiciones—haya tenido necesidad de abandonar en medio de la calle tan indispensables prendas es menester un motivo muy grave.

¿Cuál, Dios mío?

Leer el martes en EL LIBRO POPULAR

EL RETORNO

Novela por ANTONIO DE HOYOS

VIEJO, BUENO; SÁTIRO, NO...

ME creo obligado á declarar aquí: «Que Jacinto Carmín, algo pariente de Paco Gómez Hidalgo, amigo y administrado por Lezama, que tutea y trata paternalmente á *Don Modesto*, á *La Goya* y á Vicente Pastor, y colabora desde su fundación en LA HOJA DE PARRA, nada tiene que ver con otro individuo apellidado *Carmín*, que ha sido preso recientemente en un pueblo de la provincia de Segovia, por haber querido violar á una niña de nueve años.»

Yo ignoraba esta noticia y vivía bien ajeno de que nadie me creyese autor de tales desaguisados, cuando cátense ustedes que, desde hace tres días, llueven sobre mí cartas perfumadas donde mis amables lectoras me preguntan, unas en tono de chanza, y otras, acaso de buena fe, si soy el violador de que habló la Prensa.

¡Por vida de!... Y necesito protestar de tan injuriosa suposición con toda la fuerza de mis viejos pulmones, porque supuestos mis muchos años, la blandura de mi carácter, el reúma de mis piernas y otros varios alifafes y goteras que dieron ha tiempo al traste con las energías de mi verde mocedad, me hallo un poco ridículo dentro del terrible papel que la imaginación perversa de mis lectoras pretende encomendarme.

Todas las cartas que he recibido vienen firmadas con iniciales ó bajo pseudónimo, y algunas merecen los honores de pasar por los dedos de los cajistas.

Violeta se limita á escribir con tinta roja y sobre un rico papel verde-claro, la siguiente pregunta irónica:

«¿Con que esas teníamos, señor Carmín?»

Pregunta cuya intención yo no hubiese comprendido, si otras cartas, aludiendo al mismo asunto, indirectamente no me la hubiesen explicado.

La carta de *Malvarrosa* es casi un artículo.

«No entiendo—dice—á los violadores, sean cuales fueran la edad y hermosura del objeto que agita su pasión. Para el hombre [inteligente, el mayor incentivo está en la condescendencia de la mujer, en la voluntad expresa que la mujer tiene de regalarle con la posesión de sus encantos. «Quiero ser tuya.» No hay belleza que valga lo que esa afirmación. Y añádase á esto que tal consentimiento, exalta nuestra hermosura, humedece los labios, agranda

y adormece los ojos, esparce palideces de drama sobre nuestras mejillas, da á nuestro cuerpo flexibilidades extrañas. Mientras que la ira que enciende una posesión odiosa, descomponne nuestras facciones, arrancando de ellas la refinada voluptuosidad de la dulzura.»

Fior de Almendro se indigna contra mí: «Yo, que vengo l-yéndole desde que comenzó usted á escribir en LA HOJA DE PARRA, y lo creía un viejo dulce y susceptible de amar, con cariño de abuelo, á todas las mujeres y á todas las niñas, nunca le hubiese estimado capaz de tan repugnante fechoría.» Etc...

Aleli, inconsciente y tolerante como una romana, procura inquirir la «oreja filosófica» de mi aventura.

«¿Por qué—dice—ustedes, los viejos, tienen esa predilección por las niñas?»



La señora—¡Como suda usted! ¿Cuesta mucho trabajo limpiar el calzado?

El limpia botas—No señora, es que ni soy del oficio ni en mi vida las he visto más gordas.

Y no copio más; casi todas mis lectoras dicen lo mismo; todas me acusan, todas abomianan de mí. Sus cartas perfumadas, unas rojas, otras azules, esparcidas sobre mi mesa de trabajo, parecen increparme coléricas por la honra que perdí...

¡Basta!

Yo no soy ese repugnante personaje que ustedes creen. Yo soy un viejo de larga y agitada historia, tal vez, pero que tuvo la habilidad de retirarse á tiempo dal mundo para no mancillar, con locuras tardías, la nieve venerable de sus cabellos. Pertenezco á la *reserva*; la novela de mis bonanzas terminó; soy como esas armaduras antiguas, perfectamente inservibles, pero que aparecen majestuosas, llenas de hidalga altivez, dentro de su absoluta inutilidad. Me encantan las niñas y las respeto infinitamente; las mujeres también me agradan por viciosa costumbre y porque sus almas sencillas no tienen secretos para mi experiencia, pero comprendo que ya no gustan de mí y me resigno á besarlas sobre la frente.

«He pasado...» lectoras mías. Vosotras, como sois jóvenes y bonitas, no comprendéis la amargura de esta frase.

«¡He pasado!» Voy bordeando aquella

edad que Campoamor describió en estos dos versos deliciosamente irónicos:

«Las hijas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa á un santo.»

Jacinto Carmín

FARANDULERIAS

—¿En qué se parecen actualmente los teatros de Madrid y el general Weyler?

—En que no estrenan nada.

El chistecito será ladrable, pero la verdad es inconcusa, que diría un señor Gay que *gay* en la Universidad, de catedrático, y *¡gay* de mí, haciendo de escritor en las columnas de *El Mundo*.

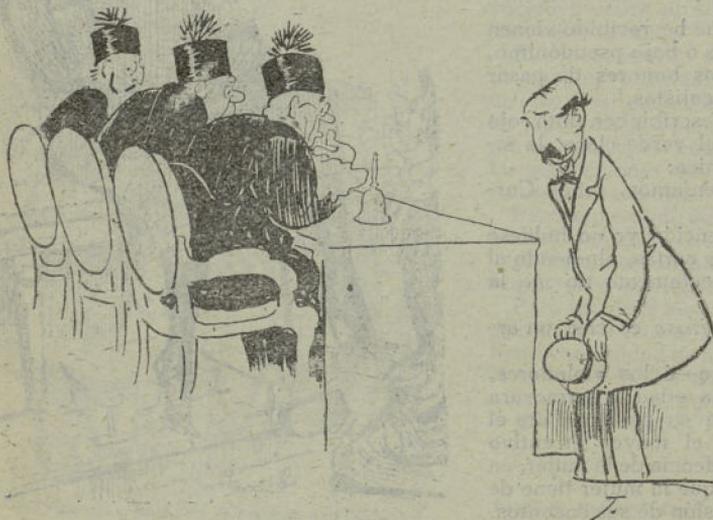
La semanita, hasta la hora de ahora, como también diría el referido maestro de *gay-saber*, no ha dado de sí más que un estreno, y ¡valiera más que no lo hubiese dado!

El delito fué cometido en el teatro Cómico, y si no intervino el juez de guardia, sería porque á aquella hora estaría practicando alguna diligencia urgente, de esas

que nadie puede hacer por el propio interesado.

Los autores del crimen se propusieron distraer al respetable con un viaje fantástico como los que organiza *La Corres* en los momentos de ocio que á Romeo le deja la libre lucubración sobre los problemas políticos del interior y del extrarradio, que también *Juan de Aragón* se ha asomado á Europa, porque para algo posee el inglés de carrerilla.

En el tal viaje nos llevan á recorrer una barbaridad de países absolutamente desconocidos, simplemente para los autores, y por este novísimo



—Cuando sorprendió usted á su esposa ¿tenía las ropas en desorden?

—No, señor; las tenía muy dobladitas sobre una silla.

procedimiento, y justificando las contradanzas mucho peor que Maura ha justificado su vuelta á la política, desfilan ante nuestros ojos, negros, pieles rojas, indios, salvajes, ciervistas... y toda la lira de la fauna mundial é interplanetaria, como volvería á decir el citado super-hombre.

« Bien es verdad que en punto á fantasía y á rasgos de originalidad, la astrakanada no tiene desperdicio. Hasta en plena selva virgen, se arma una juerga de indios, y de pronto surgen cuatro mantones de Manila que se ciñen á sus desnudas y achocolatadas formas otras tantas socias completamente indígenas, y quieras ó no, se arrancan con un tango de esos de « ¡mueva usted ese vientre, hotentota de mi sangre! »

Pues á pesar de este recurso completamente desconocido en la mecánica teatral, la obra no logró convencer á los « morenos », ni á los rubios, ni á los trigueños.

Lo lamentamos por el amigo Nieto, por más que hasta que llegue á abuelo le queda tiempo para resarcirse, y lo sentimos también por la partitura de Luna y La Puerta, que no está acatarrada, ó lo que es lo mismo, que suena bastante bien. El más perjudicado es La Puerta, porque Luna ha entrado en el acopago con sus *Molinos de viento*, pero el otro señor se ha quedado en la puerta. Pero al menos si no ha vencido ahora, tiene el consuelo de no ser el músico que más molesta á las señoras

Y de este orgullo del maestro La Puerta, no podrá vanagloriarse el maestro La Regla.

La guardia de las diezmil...

EL hombre más feliz de la tierra, aparte del conde de Romanones, es en estos momentos el nuevo presidente de la República norteamericana.

No nos referimos á la felicidad que experimente porque le hayan elegido primer magistrado de su nación ni á que haya triunfado su partido, si nó al partido que el doctor Wilson tiene entre sus conciudadanas.

Cuando se ven casos como éste es para morir de envidia.

Ahí le tienen ustedes con una cara de

camarero del hotel Ritz, y sin embargo los hechos van á demostrarnos que se *las trae* con el sexo débil, ó relativamente débil, puesto que se trata de las yankées que la que menos levanta á Calbetón con el dedo meñique y hace juegos malabares con don Marcelo Azcárraga.

El hombre, modesto de suyo, mucho más modesto que el fósil "Don Modesto," aunque de mucha más edad que "Modestito," (señálo las señoras), ha resuelto que la ceremonia de su toma de posesión del empingoroteado cargo que vá á desempeñar no tenga carácter alguno de suntuosidad. Ahora bien; á lo que no se opone es, á la demostración de afecto y simpatía que quieran hacerle las chicaguíenses ó chicagufanas, ó como se llamen las mujeres nacidas en la ciudad de Chicago. Meka del ga-

CON EL TEATRO LLENO



Voces—¡La pulga! ¡el tango! molinete!

La artista—Señores; un poquito de calma, que pienso dar gusto á todos.

nado de Cerda, ora en bruto, ora en Chorizos.

Ello es que nada menos que diez mil damas, desde la pudorosa adolescente, vulgo *tobillera*, á la succulenta jamona, han decidido constituir una guardia presidencial que acompañará á mister Wilson cuando haga su entrada en Casa Blanca. Cuentan los periódicos neoyorquinos que cuando al nuevo presidente le comunicaron la feliz nueva se le alargaron los dientes y la lengua y todo lo alargable, porque el buen doctor es un conquistador de tomo y lomo, sobre todo de lomo, pues conviene no olvidar que es del país de los cerdos bien criados.

Este homenaje de las diez mil, aparte de las prendas personales del interesado, tiene por origen el que la mayoría de ellas han sido electoras del terrible doctor, porque ya saben los lectores que por allí votan las mujeres.

Lo que tendrá que ver es la cara que pondrán al leer estas noticias las sufragistas inglesas. ¡Ellas que odian á los hombres cordialmente!

¡El doctor Wilson rodeado de diez mil mujeres! Eso para aquel país, flemático y reflexivo por excelencia es la cosa más natural del mundo en un país del mediodía de Europa. España, por ejemplo, donde por cualquier cosa nos alborotamos, daría por resultado regularmente un levantamiento general de hombres.



La señora—Aquí estarás como en tu casa.

Porque, ¿quien entre tanta mujer no encuentra su tipo? y al verlas desfilar camino de Casa Blanca, emperradas todas con un solo hombre se arma, ¡vaya si se arma!

Bueno; y cuando el femenino ejército penetre con su adúltero caudillo en la presidencial residencial ¿que pasará?

Si le gustan las rubias ¿que dirán las morenas? Si le dislocan las metiditas en carnes, y ¿las expirituales, ¿se avendrán á quedarse por puertas leyendo leyendo el *Heraldo*?

Ecco il problema.

Y Wilsson, por muy Wilson que sea, ¿tendrá conversación para tanta admiradora?

Si necesita mucha presidencia para diez mil admiradoras y si el hombre, por negra honrilla acepta todo este harén, se que dará hecho un *arenque*.

Y acabará por decirse:

Aren-que, me las quiten de delante.... por que es *pior*.

¡PUNTO EN BOCA!

Letrilla lírica. Música del maestro J. Aroca. Creación de la bella y notable coupletista Tina Meller, en el Teatro Romea.

Hay doncellitas catadas lo mismo que las colmenas, y el mundo las juzga buenas porque pecan recatadas.

Su liviana hipocresía mi franca risa provoca. Dejad, pues, que me sonría.

¡Punto en boca!

Hay marido sin decoro que de dimes y diretes no hace caso, si hay billetes, que todo lo puede el oro.

Y tranquilo y socarrón asegura que estoy loca, si digo que es un... ¡Chitón!

¡Punto en boca!

No puedo decir verdades porque molestan sus hieles, y me dicen que, crueles, vierten mis labios maldades.

No es mi lengua lisonjera; la mentira me sofoca; amo la verdad sincera.

¡Punto en boca!

Jerónimo Gómez Rodríguez.

INSACIABLE

MADAME Feliciano X ha presentado en la Cámara cuarta del Tribunal del Sena una demanda de divorcio contra su esposo M. Amadeo X., por supuestas injurias que de éste ha recibido.

La *plaidorie* tiene mucho chiste.

Madame X, que había aportado al matrimonio una dote considerable, vió con disgusto que su marido, en vez de aplicarse á mejorar la hacienda, se daba tranquilamente á la vida bariola, estimándose muy pagado y gozoso con los quinientos y pico de francos que las fincas de su mujer le retribuaban mensualmente. Feliciano, que gusta de vestir bien, frecuentar teatros y lucir buenas joyas, tuvo con Amadeo enojosos altercados, diciéndole que ella se había casado para divertirse y conocer el mundo, que no para languidecer prisionera entre cuatro paredes: ella necesitaba dinero, lujo, diversiones, viajes de recreo...

A lo que M. X. contestó filosóficamente:

—Si tanta falta te hace eso, busca un amante.

El consejo no cayó en tonel roto, y Feliciano trabó relaciones con un rico comerciante que, desde luego, se ofreció á sufragar los gastos del *menage*. Desde el primer momento, el esposo y «el amigo» simpatizaron; ninguno tenía celos del otro; sus respetivas actitudes quedaron claramente deslindadas; madame X se repartía entre ambos; allí no había celos, ni felonía callada, ni rencores ocultos. Muchas noches, después de cenar, Feliciano y su amigo se iban á beber el café al gabinete, dejando á Amadeo en el salón fumándose una pipa.

Así transcurrieron dos años. Ahora madame X quiere divorciarse, porque, según ella, la serenidad de su marido «la ofende»... Como es lógico, el Tribunal, entendiéndolo de otro modo, dice que M. X., lejos de ser ofensor, es el único que en este raro pleito puede darse por ofendido y corrido, pues no fué él quien impulsó á su consorte al adulterio, sino ella quien incurrió libremente en delito de liviandad. Pero madame X no se conforma, y ha elevado su queja al Supremo.

Esto me recuerda aquel viejo solterón, crapuloso y millonario, en cuya casa los invitados podían usar de libertad ilimitada. «En no abusando...», como decía á cada momento el anfitrión, todo, aun lo más escandaloso y disparatado, era tolerado y oído. Así, por ejemplo, si alguien decía:

—Don Fulano: ¿Nos permite usted traer aquí unas muchachas para pasar el rato?...

El interpelado, que ya no tenía otro placer que ver cómo la juveitud se divertía, contestaba en seguida:

—Sí, hijos míos: ustedes hacen lo que quieran: amar, emborracharse, reñir, jugar al monte... cometer las peores locuras, consumir las vergüenzas mayores... ¡todol, en no abusando.

Y claro que ellos pensarían:

—¿Qué entenderá don Fulano por abusar?...

Al cabo lo supieron. Don Fulano se indignó contra un mozalbete que, en vez de beber ó de ir adonde unas cortesanas le llamaban, se divertía neciamente en llenar de tinta las teclas de un piano... El dueño de



—¿Y qué hizo tu viejo cuando te vió llegar tan tarde? ¡Te ganaría una subida...!

—¿Una subida? ¡Quia! todo lo contrario.

la casa estaba furioso, y con razón: el que desprecia lo *mas*, por lo *menos* abusa.

Otro tanto podría contar M. X. de su cara costilla. Feliciano le había dicho:

— Quiero ser rica, divertirme, correr aventuras.

Y Amadeo, que al casarse debía de ir como los antiguos piratas, dispuesto á todo, repuso:

— Busca un amante.

(No hubiera contestado de otro modo el complaciente don Fulano del cuento.)

Luego, la esposa dijo:

— Es necesario que mi amigo sea amigo tuyo.

Y X aceptó. La esposa continuó pidiendo, escarniando, tirando paletadas de barro á la ya demasiado cruelmente ridiculizada cabeza del cónyuge:

— Quiero que mi amigo frecuente nuestra casa, que cene con nosotros, que me siga al dormitorio mientras tú lees *La Patrie* en el comedor fumándote una pipa...

Y el esposo, modelo de mansos, replicó:

— Todo sé hará según tu deseo; tú dispones; preséntame á ese hombre y le querré y le atenderé como á mi hermano...

Y luego de regodearse y triunfar así durante doe años, madame X quiere divorciarse porque él, *el martir*, allanándose á cuanto ella exigió, «la ha ofendido».

Creo llegado el momento de arder en santa indignación; aquí de la lógica y de la frase de don Fulano:

¡Eso es abusar!

Félix Recio

París, 12 Enero.

Con taparrabos...

EL año 1913, en cuyo feudo acabamos de entrar, vá á resultarnos mucho más precoz que cualquiera de los hijos del señor Cobian que según dicen los amigos del papá, y nosotros no tenemos interes en contrariarles, todos ellos son una atrocidad de prematuros.

La primera de sus precocidades, (las del año, no la de los hijos), fué el colocarnos

la famosa carta de Maura escrita en Volapuk, para mejor comprensión de conservadores desconsolados. Es una carta mucho más difícil que un siete de copas de salto y contrapinta.

La segunda es adelantarnos todas las festividades movibles, como el Car

VIUDA INCONSOLABLE



El amigo—No sea usted niña, olvide usted, yo vendré todos los días un ratito para distraerla

Ella—¡Ay, ojalá! Pero han desfilado por aquí todos los amigos de él, y ninguno ha podido coseguirlo.

naval, que es lógico sea la fiesta más movible porque empieza con un chotis agarrao, y acaba en la gran Piñata, según se vá á la derecha.

Dentro de quince días, ó sea el de la Candelaria Medina, (que ya tiene bastante más de los quince,) le tendremos entre nosotros tan alegre y picaresco como don Amós Salvador en los cines donde se cultiva la sicalípsis, es decir, que dando el pío que nos gozamos y lo prematuro de la fecha señalada en el almanaque. vá á ser un carnaval de abrigo. Nos alegramos por los que piensen disfrazarse de bebés porque van á llevar muy frescas las pantorrillas; y decimos que nos alegramos, porque nos da muchísima rabia ver tanto bigardo, robustos como toros y barbudos como Pidales, aguardando con deleite á que lleguen esos días para poder exhibir sus morlideses y mover las caderas, en tiempo de habanera, á ver quien de ellos destrona antes á la Chelito ó á la Cachavera ó á cualquiera de esas diosas de la evolución corpórea.

Y como por lo visto esas intromisiones, producen grandes competencias, el otro sexo protesta y con razón, porque es lo que ellas dicen: si penetran en nuestra jurisdicción ¿qué nos queda que hacer á nosotras?; y si no fijensé ustedes, y observarán que desde que á los hombres les ha dado por hacer de mujeres, á las mujeres les dá por hacer de hombres y así anda todo de trastocado y corrompido. Casi casi va á haber que darle la razón al «don» Sanz Escartín, el de la moral lisa.

Pues si ese inconveniente verdaderamente grave, le añade que el carnaval lo tendremos en plena helada, habrá que renunciar de-

finitivamente á recrear la vista en la contemplación de mascaritas con disfraces atrayentes. No tendremos esclavas, ni vayeras, ni sultanías, y en cambio abundarán los automovilistas, cocineas y amas de cría que con disfraces con mucha ropa. También tendremos algunas beatas y monjitas, pero á esas les meterá mano la policía, no con fines pecaminosos, si no porque escarnecen la religión, aunque bien mirado, siempre que se mete mano es carne lo que se busca.

Como consecuencia de esta rápida presentación del carnaval, viene naturalmente la Semana Santa. ¡A mediados de Marzo, es decir, cuando por regla general seguimos estando con el termómetro por los sótanos celebraremos este año la fiesta del Jueves Santo. También por ahí nos tenemos que preparar á no ver los gentiles cuerpos con trajes primaverales y las cabecitas, rubias ó morenas, tocadas con la clásica mantilla.

¡Que lástima! ¡Tan recogidos y tan «transparentables» como van ese día cuando cae en una época de coraza, ó sea cuando el ambiente está tibio y el sol empieza á picar!

Pues y la romería de la Cara de Dios que se celebra como saben ustedes, al amanecer del viernes. ¡Cualquier señor se mete con una Manuela con el frío que hará á esa



El tripas—Créame usted seña Ulogia, aquí hacen falta unos divanes como el comer.



—¿Has ido á ver esa coupletista nueva que se llama La Hermosa Pompella?

—¡Que va á ser hermosa si esta infestada de granos!

—¿Luego la conoces intimamente?

—¡Tomal ¿no has oído hablar de la erupción de Pompella?

hora! Si alguien se atreve tendrá necesariamente que llevar el chouveski entre las piernas.

Y otro tanto ocurre con el Corpus. Casi siempre, cae en los últimos días de Junio, cuando hay pletón de luz y de sol, cuando el calor, casi abrasa y claro es, las pobrecitas salen á la calle con toilette adecuada. Decir «vamos á ver la procesión del Corpus», es decir, «vamos á ver los Corpus serranos que habrá por esas calles». Pues lo que este año es muy fácil que no le veamos á la mujer más que la punta de la nariz y gracias, porque aún puede que haya quien diga, que no se le ve la punta.

En resumen: que las precocidades de 1913, nos van á estropear todas las combinas y que para venir con esas impacien-

cias, valiera más que se hubiese quedado por allá.

Y aún tiene el valor de presentarnos completamente desnudo. ¡Impúdico! ¡A cubrirse las carnes propias, ya que ustedes comienzan por ocultarnos las Carnes-tolendas ajenas!

El baile de payasos

No vayan ustedes á creer que nos referimos á las contradanzas del partido conservador, con motivo de las intermitencias de su ilustre jefe, á quien Pidal le colocó en el famoso mensaje-camelo aquello de: «como partido brotado, nutrido y sustentado en las maternales entrañas de la Patria...», palabras que nos



Ella.—¡Infame yo sin acostarme y tu por ahí Dios sabe con quien.

El.—¿Pero mujer! ¿en que me lo has notado si acabo de llegar?.

hacían ver al bueno de D. Alejandro, sentado en la silla del tablado de un café flamenco cantando:

«*Sentrañitas mías
¡cuánto te camelo!
tú tienes los piños blancos
y los ojitos de cielo*»,

y «*haciendo palmas*» á Sánchez Guerra, Sánchez Toca, Dato, Besada y demás prohombres, mientras que Cierva se marcaba un tango de los de «*retuércete arma mía*».

Nos referimos al auténtico baile, así titulado, que se celebró el viernes en el Teatro Real, no con tanto éxito (naturacal como el de LA HOJA DE PARRA.

Y no podía ser por menos, porque ni á Arias de Miranda se le ocurre una idea tan peregrina. Eso de tener que soltar quince del ala para que le den á uno el título de payaso y dos mosquitos más por el traje de ídem, nos recuerda lo de ciertos esposos ultrajados que encima acuden al juzgado de guardia para que les concedan la patente.

Claro es que, los iniciadores se habrán picho: «En este país de payasadas y de payasos, un baile de la clase debe de atraer á la taquilla á muchos miles de concurrentes», pero no caían en la cuenta de que hay muchos que no necesitan disfrazarse una noche determinada; lo son por derecho propio.

¡Cuántos actores, autores, críticos y so-

bre todo políticos, no vemos durante todo el año á rostro descubierto, haciendo toda clase de payasadas. Esos no necesitaban billete ni traje que los caracterice.

Los de buena fé, los que espontáneamente acuden al llamamiento son pocos; de ahí el poco éxito del baile, á pesar de que según decía el anuncio publicado en los periódicos se trataba «de un baile de gala, eminentemente artístico en el que el principal atractivo, ha de ser la gran masa uniforme y luminosa que formará la mascarada en la espléndida sala y el contraste con los palcos, á los que asistirán las señoras escotadas y con la cara descubierta»

Nosotros asistimos desde un anfiteatro y si no vimos la mascarada en la espléndida sala, en cambio nos atracamos de admirar «la gran masa uniforme y luminosa» de bastantes señoras escotadas, mucho más espléndidas que la sala y sobre todo infinitamente más luminosas,

Como que un amigo la mar de concupiscente que nos acompañaba, no pudo contenerse y sin quitar ojo de las delanteras de los palcos, empezó á gritar como energúmeno:

¡Qué masa!, ¡que *masa-olvidaba* que esto en un baile eminentemente artístico!

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA
Paseo de las Delicias, 00.—Teléfono, 1843

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

POR 20 CENTIMOS

EL MILAGRO

Novela por V. BLASCO IBAÑEZ

¿Por qué

sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritisimo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS